

IN MEMORIAM, DANIEL ROMERO LOZANO

Sandro Romero Rey

(*"Será la primera vez que salga a escena..." S.R.R.*)

Es muy probable que para todo el mundo la muerte de los padres sea una experiencia traumática y, seguramente, irrecuperable. He asistido en silencio a las despedidas de los progenitores de mis compañeros de generación y he observado, con una mezcla de curiosidad y de impotencia, la terrible ceremonia del adiós, donde unos y otros, familiares y mudos testigos, se lanzan a callar o a soportar entre lágrimas la terrible noticia que el tiempo nos impone.

Ahora, nos ha llegado el turno. A mi hermana, a mis nuevos hermanos, a Adriana, a mi mamá y a mí. Aferrado a mi hijo de dos años, Federico, mientras se rascaba las picadas de unos bichos irreprimibles, recibí la fatal noticia de la desaparición de mi padre, **don Daniel**

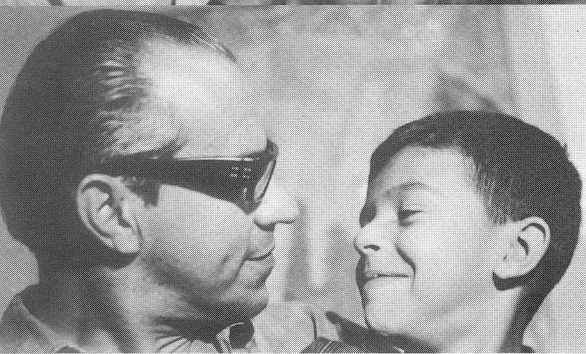
Humberto Romero Lozano Cuadros, nacido en la ciudad de Buga, un día del trabajo de 1924. Soy su hijo mayor y don **Daniel**, como siempre lo llamé, me coqueteó sutilmente para que me apasionara por el mundo de las letras, del arte, y esas cosas. Ahora, cuando la suerte está echada, trato de domar una máquina de escribir absurda, comprada con el fruto de sus propios esfuerzos, dándome cuenta cómo pude quererlo y cómo no lo hice, cómo nos amó sin reservas y cómo no lo dijo; cuánto le debemos los que tenemos el privilegio de heredar su humor, su miedo a la muerte, su curiosidad, su travesura, su romanticismo sin límites, su pasión por el mundo, por la belleza, por las tradiciones y las causas perdidas.

Es muy probable que los recuerdos formen parte del patrimonio privado de cada ser humano y, con frecuencia, resulta cursi la enumeración de los acontecimientos ajenos. Pero qué cursi resulta la muerte casi siempre y no me voy a reprimir unas cuantas líneas, sabiendo que el profesor Romero debe estar impaciente en su ataúd, esperando que yo repita sus hazañas que son muchas, ya lo sé. Para él, no fue ninguna. Al final de su vida, se quejó de su impotencia, somatizó sus frustraciones y le lanzó trazos salvajes a un papel inocente, tratando de reclamar lo que la vida le negó: un espacio, una fuerza, una disponibilidad que nadie percibió con su inmensa vehemencia.

Recuerdo que cuando yo tenía cinco años, mi papá me leyó, noche tras noche, el "Robinson Crusoe" de Daniel Defoe, en un ejemplar que me había comprado con entusiasmo. Desde allí comencé a amar las mentiras del arte y fue él, don Daniel, gracias a su tocayo, quien me enseñó que el mundo se justificaba, precisamente, por esa colección de falsos testimonios que los creadores se inventan en su paso por la tierra.

Era un tipo muy simpático don Daniel. Cuando éramos niños, en los gloriosos sesenta, le gustaba fumar Pielroja y le gustaba escuchar sin tregua a Juan Sebastián (así se llama ahora mi hermano menor) Bach, a Federico (así se llama mi hijo) Handel, a Federico Chopin, al mismísimo Johannes Brahms. Ibamos al fútbol a vitorear al América (mi equipo) y al Deportivo Cali (el suyo), mientras mi hermana se dormía con sus muñecas en las graderías. Vivimos en una casa hermosa y misteriosa del barrio Centenario de Cali, donde supimos que la vida podría ser una ínsula maravillosa, invadida y dominada por el arte. El tiempo hizo mutis por el foro la armonía del hogar y, muy pronto cada cual tomó su solitario camino. Pero jamás, sean cuales fueran las circunstancias, ví a don Daniel Romero amargándose contra las paredes o sufriendo por los sinsabores del azar. Jugó con gusto. Y creo que "jugar" hubiese sido su verbo favorito. Nos hizo reír a todos a carcajadas con sus chistes frenéticos y debo confesar, que no puedo evitar una sonrisa entre las lágrimas, cuando lo veo pétreo en su lecho final, pues siempre me dijo que por favor lo disfrazara de payaso, para que las plañideras se desmayaran de espanto al observar la alucinación del cadáver más feliz del universo. Nada de eso es posible, por desgracia. Y es muy probable que mi papá quisiera más bien un beso final en su mejilla, el que nunca nos dábamos, víctimas de nuestro pudor bugueño.

Hoy, yo sé que las palabras son meros exorcismos invisibles que se borrarán entre los rezos y los estribillos lánguidos que despiden a todos los desaparecidos de nuestro entorno. Pero déjame hablarte don Daniel, déjame hablarte en segunda persona y habló por tus alumnos, por tus amores, por tus compañeros de farras, por tus pintores amados, por tus compositores compinches, por tus hijos incondicionales, por tu vida que tanto soportaste. Déjame decirte que la suerte no estuvo echada, que nos hiciste creer en tantas cosas que, seguramente, de no haber estado a tu lado, otros hubieran sido nuestros destinos. Déjame insistirte en que la vida no era un juego de competencias, de ganar Salones Nacionales, ni de recibir reconocimientos que pueden ser tan efímeros como las celebraciones. Te moriste, esperando que todos lloráramos de felicidad y ahora nos vamos, víctimas de una tristeza que no te mereces. Aquí nos tocó, Daniel, en la región más transparente del aire, como diría ese Carlos Fuentes, que me hiciste descubrir cuando apenas estaba vomitando mis primeros dientes de leche. Poco a poco cae la tarde en Cali y tus labios mal pegados no pronunciarán nada más, una verdadera lástima, pero quedarán tus ecos. Te nos fuiste tres años antes de que se acabe el siglo y eso si me da mucha piedra, porque nos la pasamos haciendo cábalas de qué tanto



podríamos hacer en nuestras sillas de ruedas, cuando sonaran las campanas que van a inventarse el próximo milenio. Espero poder tenerte razones, allá, en ese "más allá" al que tanto le sacamos el cuerpo, tenerte razones de una época en la que hay que teclear muy rápido, en la que hay que pensar sin detenerse, en la que hay que sentir y sufrir tan poco. No te conviene lo que sigue, te lo juro, don Dániel.

Hace un par de días me vi la película "Sobreviviendo a Picasso" de James Ivory y, sabiendo de antemano que no me iba a gustar, me refugié en la sala casi que como un signo del recuerdo, por ese Pablo Ruiz que tanto te gustaba. Iba, en el fondo, buscando las imágenes de una revista "Life" que guardaste por mucho tiempo, donde el pintor español posaba, toreando en calzoncillos. No aparecieron las fotos, por supuesto, ni Anthony Hopkins me reveló secretos más ocultos, pero te pensé, Dios mío, cómo te pensé. Si te enumero el Cristo de Grunewald, las Aventuras del Capitán Grant., los Dos años de vacaciones, el Sueño de una noche de verano, las obras completas de Molière; El satiricón de Fellini, los discos de setenta y ocho revoluciones, los Celos ebrios, los relatos de Juan Rulfo, Las armas secretas de don Julio, El sueño de las escalinatas, mi Máquina del tiempo o las fatales Mujercitas de Louise May Alcott; es poco lo que logro acumular.

Ahora sé que terminaste tus días con el "Cinema Splendor", con Marcello Mastroianni y Masimo Troissi, película de la que me hablaste el 28 de diciembre pasado, último día en que te ví. ¡Qué curioso! Terminar la vida con el recuerdo del Esplendor y del Día de los Santos Inocentes, al que alguna vez llamamos el día de los "Sandros Inocentes". Ahora que te vas en búsqueda de lo absoluto (otro regalo), bebo las últimas gotas de tu Absolute Vodka y brindo a tu eterna memoria, para que no se acabe la tarde, don Daniel, para que festejemos como nos hubiera gustado, con máscaras de Rin Rin Renacuajo y vientos frescos de nuestra vitalidad perdida. Qué bueno que viste el Splendor de Mastroianni, ustedes que se despidieron, con sólo dos semanas de diferencia.

Y, no lo oculto, también me enseñaste a llorar. Ahora lo hago. Ahora lo hago con todas las ganas y la fuerza del mundo, como cuando perdiste la visión de uno de tus ojos y te acompañamos impotentes a esa colección de tragedias que te regalaron los médicos. Te moriste víctima de la desidia, eso ya lo sé, pero ya poco nos importa. Te moriste, simplemente. Te nos fuiste yendo, desde que tuviste que enfocarnos para mirarnos a los ojos, desde que tus piernas te dejaron tirado en la mitad de la calle, desde que tus manos pintaron las líneas que no estabas lanzando, desde que la noche se te volvió un averno. Ya diste tu batalla, Daniel Humberto Romero Lozano Cuadros. Eran dieciséis, ustedes y ahora Nelly, Estela y Flavio serán los últimos testigos de tu estirpe. He llorado mucho, no sé si suficiente, nunca lo será. Pero mañana, cuando la tierra te sepulte, cuando me abrace a Tatiana, a mis obras de teatro y a mis propias frustraciones, te tendré a mi lado, viejo Dániel adorado; sabiendo que estabas esperando de mí, aunque fuera, estas últimas palabras de consuelo, que ojalá te acompañen más allá de donde la memoria te arrebate. Nos dejaste a José Vicente y a Juan Sebastián, tus hermosos trofeos, con quienes iremos por tus chistes y con quienes seguiremos diseñando tu **Mundo Creador**. En fin. No puedo más. (¡ y debería!)

Qué terrible es terminar, papá.
Santiago de Cali, 9 de enero de 1997